

# **Entre las ramas se cuela el sol**

Nora Cristina Giménez

Espacio Mariposa  
Río Tercero - Córdoba

## Resplandores

Lo que me fascina de este rincón de la casa es  
la luz.

Irrumpe por la ventana  
se refleja en el vidrio del escritorio  
ilumina la lámpara, el porta lápices,  
se derrama por los estantes de la biblioteca  
novelas,  
cuentos para niños,  
fábulas, libros de historia, de gramática,  
manuales, revistas, carpetas,  
hojas y hojas escritas en otro tiempo,  
en otro lugar.

El sol se detiene en una palabra, en otra  
enseñar, aprender, escuela  
y, como el sol, la memoria va y viene  
movediza, caprichosa.

Lo que me fascina es la luz.

Se esparce sobre la mesa de dibujo  
roza el pincel,  
se desliza por su mango fino y largo, llega a las cerdas.  
Las hojas del ginkgo,  
amarillentas y verdosas  
arman y desarman círculos de flores  
sobre el papel.

La copa enorme y luminosa del árbol se mudó a casa.

## **Campo**

Espinillo,  
ramas que pinchan, hieren.  
Multitud de flores pequeñas  
perfumadas.

*¿Acaso una extraña ternura?*

Entre las espinas,  
un nido.  
La copa  
poblada de amarillo,  
espera la llegada de las hojas.

## Tarde de sol

La enredadera avanzaba sobre la galería y sus gajos amenazaban con cerrar el paso. Se decidió, tomó la tijera y comenzó a podar. El silencio era una compañía en esa tarde llena de sol.

Ella se asomó con su hijo en brazos. El día invitaba a trabajar en la huerta. Dejó un momento al niño en el moisés, protegido tras el enorme ventanal de vidrio. Buscó las herramientas y después de colocarse un sombrero de paja, envolvió al bebé en mantas y cruzó el trecho que la separaba de los canteros más próximos. Lo dejó suavemente en el pasto y se detuvo a observarlo: seguía durmiendo. Antes de comenzar la tarea, miró hacia la galería y saludó con la mano. Su compañero la vio desde lejos y con la boina moviéndose en el aire, devolvió el saludo. Estaba ahora podando la hilera de lavandas que bordeaban el sendero. Quitaba las ramas y las flores secas, atento a la forma de cada planta. Luego se ocuparía de los arbustos. En tanto, ella, azada en mano, pensaba: *desmalezar es lo más lento*. Sacaba las malas hierbas, sacudía las raíces mientras sentía la tierra deslizarse por su piel. La mirada iba de su bebé al hombre que, desde la distancia, les sonreía.

Él siguió avanzando con la poda. Faltaba aún recoger las ramas y dejar todo prolijo. Era el momento del mate, de tomarse un descanso, cuando lo alertó el ladrido del perro. Resonaba insistente en el aire callado. Pensó en algún zorro merodeando, que seguramente había huido. Volvió el silencio. Una pausa extraña. Solo se oían los golpes de la azada. Repasó en su memoria. La tranquera estaba cerrada, ningún vehículo podría pasar. Otro ladrido. Y otro. ¿Liebres? No, pensó. El perro hubiera corrido tras ellas. Aguzó el oído. Escuchó el canto de un benteveo y el viento moviendo las hojas de los álamos. De pronto, nuevos ladridos, cada vez

más intensos, más continuos, más agudos. Parecían un llamado.

Dejó la tijera y asomado entre las hojas, los vio. Apenas pudo articular, ¡hijito!, cuando la desesperación se hizo grito: ¡A la casa, amor, a la casa! Ella abrazó al bebé y alcanzó a entrar antes de que los jabalíes en carrera cruzaran entre los canteros y se perdieran en el bosque.

## Masa crujiente

Domingo. La cocina me espera. Acomodo sobre la mesa todos los ingredientes y comienzo. Pico finamente la cebolla y me dispongo a rehogarla. Los trocitos se vuelven transparentes y luego dorados. Su aroma inunda la casa. Llega el momento de agregar la carne y revolver. El sol apenas tibio entra por la ventana y pone luz en cacerolas y sartenes. Huevo, aceitunas, pasas de uva van sumándose al relleno, sal, un poquito de azúcar y a probar, con los ojos cerrados. *¿Acaso eran los acordes del himno nacional lo que estaba escuchando?*

Distribuyo las tapitas de empanadas, las armo con cuidado y apenas están en el horno, me asomo a la ventana que da a la calle. Entonces, vuelvo a verlos: filas de alumnos impecables en sus guardapolvos blancos, las autoridades en el palco, la bandera ondeando en el mástil. El busto de Belgrano oculto tras la gente que escucha los discursos. Aplausos, ofrendas florales, desfile de soldados y de gauchos a caballo, luego, lentamente, la desconcentración.

Escucho la voz de mamá que nos llama a la mesa. Me veo tan niña, corriendo con mis hermanos para elegir asiento. Vuelvo a ver las empanadas de cada 20 de Junio, cuando el barrio disfrutaba del acto patrio en sus calles de tierra y las farolas se adornaban de celeste y blanco. No importaba quemarse las manos con la masa crujiente. *Reíamos, ¡cómo reíamos!*, desoyendo los retos de papá. Nos llenábamos la boca con el relleno aún caliente.

En este mediodía del domingo mi familia se acomoda bulliciosamente en torno a la mesa. Me acerco a la puerta del horno y la abro. Retiro una bandeja y preparo un plato enorme. Las llevo a la mesa entre risas y aplausos de hijos y nietos.

¿Serán estas empanadas, con los años, las más ricas, las más doradas, las más sabrosas?

## Ausencias I

Se acurrucó, con sueño, en los brazos de su papá. El pelo sobre la cara, los ojitos cerrándose, la cabeza apoyada en su brazo. Era la hora de la cena. La mano izquierda del papá intentando llegar a la mesa, tomar un bocado. Le acomodó el cabello detrás de la oreja, abrazándola, tan tierna, tan confiadamente dormida.

Momentos después llegaban los preparativos para ir a dormir.

Los primos mayores subieron con cuidado a la cucheta alta y eligieron el libro. Esperaron que la abuela les leyera. Nicanor serio. Todo oídos. Atento a las peripecias de unos niños intentando sobrevivir tomados de un dragón en las aguas de un río caudaloso y violento. Ámbar mirando hacia un lado y otro. Curiosa, con la emoción de lo nuevo. La habitación a oscuras, solo el velador encendido, los dos imaginando cada escena, mientras escuchaban la voz que ahora les contaba sobre una muralla larguísima. Almohadas y almohadones, frazadas, colchas. Más lejos, el resplandor rojizo del fuego que mantenía tibia la habitación. Más y más historias.

Finalmente llegó la despedida y marchamos a dormir a casa. Mucho frío y una luna creciente acompañó la caminata de las tres: mamá, niña y abuela. Los pinos se recortaban en el cielo. Tomadas de la mano, con la linterna alumbrando el camino, sentimos que el momento se nos grabaría en la memoria. Cuando seas grande, Ámbar, les contarás a tus nietos cuando fuimos así, abrazadas, por el camino entre los álamos. *Mirá allá arriba, cómo brillan las estrellas sobre el viñedo.*

## Ausencias II

El rifle apoyado en el banco de madera, Nicanor, de rodillas, las manos en el arma, apunta al blanco que tiene preparado en un árbol. Toda la concentración en ese gesto, la mirada atenta, las manos firmes. Es buen tirador y desea ser mejor aun cuando su abuelo lo observa. Se ha vestido para el momento, lleva camisa a cuadros, sombrero, botas y en bandolera, la bolsa con los balines. El sonido de una latita que cae o es perforada le despierta una sonrisa. Papá y el abuelo que lo cuidan a pocos pasos, también sonríen. Es domingo y el fuego para el asado ya está encendido.

Otro domingo, Nicanor camina entre las vides. Va con su padre. A paso rápido. Intenta ser un paseo. Pero sus siete años solo saben de enojo en esos días.

*Acá tendría que estar el abuelo, dice, casi grita. Acá, conmigo, tirando con el aire comprimido.*

Es de noche, Nicanor se levanta, toma una hoja y la caja con lápices de colores. Comienza a dibujar. Serio, concentrado, la vista fija en el papel. Revólveres, escopetas, rifles, todos los detalles. Cuando termina de pintarlos minuciosamente, los recorta y pega las pequeñas imágenes en otro papel, también pequeño. Después se levanta, lo coloca junto a la fotografía de su abuelo. Es su ofrenda y la repite diariamente.

## **Ausencias III**

Una cama de hospital y silencio. La abuela parece dormir. Solo el suero la mantiene unida a la vida. Respira quedamente. Le tomo la mano. Sé que no va a responder pero necesito despedirme. En mí algo también se muere junto a ella. Lo descubro después, a medida que pasan los años. Van quedando lejos los viajes para verla, el mate dulce de las mañanas, los escalopes con perejil. ¿Me seguís contando, abuela, cómo lograste volver con tus tíos? No me acuerdo cuándo conociste al abuelo. Me quedan preguntas, todavía. Pero ya no puede responderme. Pedacitos de su vida continúan en las historias que recuerdo para los nietos: los juegos en la vereda, la mesa grande de las navidades, el clarinete, una serenata.

## **Ausencias IV**

Tomo la lapicera.  
Dentro, la tinta negra está esperando.  
Podría haber sido roja, verde, azul.  
Su punta redondeada dibuja palabras.  
Palabras que hablan del sonido del mar  
del río  
sobre las piedras,  
del viento en la montaña.  
Es primavera.  
La luz entra  
a raudales por la puerta.  
El sol llega a la mesa  
y un destello ilumina  
el cuerpo transparente de la lapicera.  
Sobre el papel, un hilo se mueve presuroso.  
Reluce, pero su huella, negra,  
marca tu ausencia.

## Otro cumpleaños

Te veo junto al fogón.  
La olla de hierro, los leños.  
Tus manos  
vuelcan los trocitos de papa  
que se freirán  
en el aceite hirviendo.  
Un pino añoso muestra  
las rugosidades de su tronco.  
Entre las ramas  
se cuele el sol  
y el aire parece  
suspenderse  
en las hojas amarillas  
de las acacias.

Estás sonriendo.

Pronto el aroma  
invitará a los niños  
a buscar  
los paquetitos crujientes.  
Y, como en un juego,  
volverán una y otra vez  
a rellenarlos.  
*Ese es mi abuelo,*  
dirá Nicanor  
y tu sonrisa  
se hará más amplia.

## Espera

Hoy es un día gris. Gris e invierno. La niebla oculta los árboles y el viñedo. Los pastos secos, las plantas heladas, marrones las hojas de los lazos de amor, de un verde luminoso pocos días atrás. Murieron las flores rosadas de las azucenas, solo las lavandas conservan algo del verde grisáceo y unos botoncitos morados que apenas asoman. Tal vez mañana el sol ayude y no se vean tan tristes las hojas quemadas de los nerines, los tallos de las dalias, las guías de la enredadera que adornaba la galería con las campanitas de sus flores.

Habrás que esperar. Llegarán los días templados y la lluvia ayudará a que todo reverdezca. No lo verás. Y me preguntaré nuevamente por qué. Volverán los picaflores a las matas con campanillas azules. Descubriré cómo se van abriendo las flores blancas del peral, las rosadas de los ciruelos y los limoneros, las rojizas de los membrillos.

*¿Podré sentir, aunque sea por un momento,  
que estás allí?*

## Celebración

Comencé a vestirme.  
Pantalón de lino, camisa blanca.  
Me probé el sombrero. A mi lado,  
ella se acomodaba  
el vestido largo, luego la ruana  
suave y abrigada.

La lluvia había comenzado  
a media mañana.  
Mansa.

Los álamos parecían una muralla  
verde entre la niebla.

Recuerdo que te dije: *Cuidate, viejo,  
quiero que estés en mi casamiento.*

Los invitados fueron llegando.  
Les di la bienvenida en la tranquera.  
Caminaron por el ingreso de piedra  
y se fueron reuniendo  
en torno a las barricas.

Alegría en la música,  
en los ramos de lirios, rosas y azucenas  
en las conversaciones, en los brindis.

Me pregunté: *dónde estás ahora.*

Y la lluvia, que insistía en quedarse,  
me respondió: *en cada gota  
de agua  
que los moja.*

Una extraña caricia.

Sonreí.

Esta publicación reúne textos  
escritos por Nora Cristina Giménez  
durante el taller

**“¿Estás ahí?” 2025.**

Fue editada y maquetada por  
Carolina Pittinari. Se terminó de  
imprimir en Espacio Mariposa una  
siesta de sol de noviembre, mientras  
dos picaflores buscaban sombra  
entre las ramas del aguaribay.